

alguna tarde al campo á distraerle con su recreo favorito de la caza, bien que se conoció que ya su alma se negaba á toda expansion y entretenimiento.

A los pocos días le atacó una fiebre inflamatoria, y como esta se fuese agravando, indicáronle los médicos la conveniencia de que recibiese los Santos Sacramentos. Con edificante resignacion, con espíritu sereno y apacible semblante, á presencia de los infantes, prelados, ministros, grandes, y altos empleados de palacio recibió de manos del patriarca de las Indias el pan eucarístico. Al preguntarle el patriarca si perdonaba á sus enemigos, respondió con admirable entereza: *¿Pues había de aguardar á este trance para perdonarlos? Todos fueron perdonados en el acto de la ofensa.* El mismo pidió que le administraran la Extrema-Uncion, encargando no lo dilatasen para cuando no supiera lo que recibía. Lleváronle aquella tarde al régio aposento con solemnísimá procesion el cuerpo de San Isidro, las reliquias de Santa María de la Cabeza y el de San Diego de Alcalá. Como al adorarlas le exhortase el confesor á que pidiese á Dios por la intercesion de aquellos santos la salud corporal, *la que deseo y pido,* respondió, *es la espiritual, que la del cuerpo y todo lo de este mundo me importa poco.* Con la misma devocion y serenidad recibió el último sacramento (1).

Habia otorgado aquel mismo día testamento cerrado ante el conde de Floridablanca su ministro de Estado, como notario mayor del reino, y ante el correspondiente número de testigos (2). El que siempre había sido tan amante de su familia, quiso tenerla á su derredor en el lecho de muerte, y echar sobre todos con trémula mano su bendiccion paternal. Dirigiéndose particularmente al príncipe de Asturias, le exhortó á que cuidara de la religion cristiana, de todos sus vasallos, especialmente de los pobres, de todos sus hermanos, y en particular de la infanta María Josefa, y concluyó por recomendarle que conservara á su lado al conde de Floridablanca como á consejero fiel y ministro hábil y prudente, á quien debía el reino las mejoras mas importantes. Finalmente á las doce y cuarenta minutos de la madrugada del 14 de diciembre (1788) exhaló su último aliento en medio de las lágrimas de cuantos le rodeaban aquel insigne monarca que con tanta gloria había regido la España durante veintinueve años. Faltábanle pocos días para cumplir los setenta y tres de su edad.

Abierto con toda ceremonia y solemnidad el testamento, y resultando por él instituido heredero de la corona el príncipe de Asturias don Carlos (3), expidiéronse inmediatamente las

(1) Hay una minuciosa descripción que tenemos á la vista, hecha, se conoce, por testigo ocular, de todas las ceremonias que se practicaron desde que se dispuso administrar al rey el Santo Viático hasta que se concluyó el entierro.—Dánse tambien algunas curiosas noticias y pormenores de lo que ocurrió en aquellos instantes solemnes, en los muchos sermones, pláticas ó panegíricos que á su muerte se predicaron, pero ningunas tienen el sello de autenticidad que se advierte en las de la citada relación.

(2) Fueron estos los marqueses de Valdecarzana, Santa Cruz y Villema, jefes de palacio, el patriarca de las Indias, y los ministros de Hacienda, Guerra y Justicia.

(3) No tienen mucho de notable las disposiciones testamentarias de Carlos III. Además de lo que indicamos en el texto, declaraba los hijos que había tenido de su única esposa, y ordenaba que le enterrasen al lado de ella.—Los hijos que tuvo fueron:

Don Felipe Pascual, que nació en 1747; excluido de la sucesion por su imbecilidad: murió en 1777.

Don Carlos, príncipe de Asturias, que heredó el trono: nació en 1748.

Don Fernando, rey de Nápoles y de Sicilia: nació en 1750.

Don Gabriel, que nació en 1752, casó con doña María Ana de Portugal, y murieron ambos pocas semanas antes que su padre.

Don Pedro, don Antonio y don Francisco Javier, que tambien le precedieron á la tumba.

Doña María Josefa, que nació en 1744: era contrachecha y no fué casada.

Doña María Luisa, que nació en 1745, y casó con el archiduque Leopoldo, primeramente gran duque de Toscana, y despues emperador.

Tuvo además otros cuatro hijos que murieron niños, habiendo sido entre todos trece.

Incorporaba á la corona los bienes adquiridos durante su reinado por conquista, compra, sucesion ó herencia. Mandaba decir por su alma, y la de sus padres y esposa, veinte mil misas, que se habían de distribuir en todo el reino, sirviendo como de socorro á eclesiásticos y comunidades

órdenes correspondientes á los jefes de palacio, ministros y tribunales del reino, y entre otras dirigió el nuevo monarca al real Consejo de Castilla por conducto de su decano y gobernador interino el conde de Campomanes el decreto siguiente: «A la una menos cuarto de la mañana de hoy ha sido Dios servido de llevarse para sí el alma de mi amado padre y señor (que santa gloria haya); y lo participo al Consejo con todo el dolor que corresponde á la ternura de mi natural sentimiento, tan lleno de motivos de quebranto por todas circunstancias, para que se tomen las providencias que en semejantes casos se acostumbran. En Palacio á 14 de diciembre de 1788.» El decreto se vió en Consejo pleno el mismo día, acordóse su cumplimiento, y se expidió una real provision para que en todo el reino fuese obedecido; y para que no se retardase en manera alguna nada de lo que perteneciese á la administracion de justicia, se mandó desde luego que al papel sellado de aquel año se añadiese el timbre: *Valga para el reinado de S. M. el señor don Carlos IV.*

Excusado podía ser decir que la muerte de tan gran rey fué universalmente sentida y llorada por todo el pueblo. En todos los templos se celebraron con la mayor pompa y majestad posible las exequias fúnebres: pronunciáronse multitud de oraciones y sermones panegíricos, algunos de ellos notables; y en las corporaciones científicas y patrióticas hombres altamente reputados por su notoria y vasta ilustracion leyeron en sesiones solemnes *Elogios* por fortuna bien merecidos: justo tributo pagado á la memoria de tan gran príncipe, y que tanto se había desvelado por el bien de sus pueblos (4).

Era Carlos III hombre de mediana estatura, no obeso, pero fuerte de complexion; formaba contraste, dicen las personas que estaban á su servicio, la blancura natural de su cuerpo con el color tostado y curtido de rostro y manos, como expuestos siempre á la intemperie por el ejercicio diario de la caza; caracterizaban su fisonomía la larga nariz y largas pestañas, pero el conjunto de sus facciones daba á su semblante una expresion agradable, que unida á su natural afabilidad le hacia simpático, é inspiraba un afectuoso respeto. Enemigo de la sujecion y de la etiqueta en el vestir, aunque tenia magníficos trajes de gala para los actos de ceremonia, despojábase de ellos tan pronto como esta concluía, y gozaba en volver á quedarse en su sencillo y desahogado vestido ordinario, parte del cual constituía el indispensable calzon negro, que no dejaba nunca, ni en la vida interior y doméstica, ni en los actos de corte, ni en el campo. Chupa y guantes de ante ó gamuza, casaca de paño de Segovia, chorrera de encaje en la camisa, pañuelo de batista al cuello, sombrero de ala ancha, medias de lana ó hilo, completaba su traje ordinario. Desfiguráronle los

pobres. La suma sobrante de las consignaciones para sus gastos mandábase repartir, en las cantidades que designaba, entre hospitales, hospicios, criados de su casa, cámara, caballeriza, etc., los cuales además dejaba recomendados á su hijo y sucesor. Señalaba las alhajas que se habían de distribuir entre los príncipes, incorporando las demás á la corona. Y para el remanente de todos sus bienes, derechos y acciones que no fuesen del patrimonio de la corona, institua por únicos y universales herederos á sus hijos don Carlos, don Antonio y doña María Josefa, y á su nieto el infante don Pedro, hijo de don Gabriel.—Su cadáver fué conducido con gran ceremonia al tercer día de su muerte al panteon del Escorial.—Existe el testamento en el archivo del Real Palacio.

(4) Entre los primeros podemos citar, porque se imprimieron, y los tenemos á la vista, la Oracion fúnebre de Fr. Manuel de Espinosa en las exequias celebradas por el ayuntamiento de Madrid en Santo Domingo el Real; la del doctor don Lorenzo de Irisarri, en las que dispuso la Real Sociedad Económica de esta corte en la iglesia de Trinitarios calzados; la de don Antonio José Navarro, en las que celebró la ciudad de Baza; la del P. Mtro. Fray Isidro Alonso, en la universidad de Salamanca; la del doctor don Juan Ruiz de Cabañas, en la catedral de Burgos; la de fray Miguel Antonio del Rincon, en San Felipe y Santiago de la universidad de Alcalá; la del doctor don Antonio de Medina, en los Carmelitas calzados de esta corte; la de fray Antonio María Irola, en el convento de la Victoria de Málaga; la del doctor don Joaquín Carrillo, en la catedral de Lérida; la de fray Nicolás Porrero, en el monasterio de San Lorenzo; y facilísimo nos sería aumentar largamente este catálogo.

Entre los segundos merecen citarse los *Elogios* de Cabarrús y Jovellanos, leídos en la Sociedad Económica de Madrid; el de don Nicolás de Azara, pronunciado en la iglesia de Santiago de Roma; y el Histórico de Honorato Gaetani.

que impropriamente le han retratado con armadura de guerrero (1).

Sabida es, aun de los mas peregrinos en la historia, la afición de este monarca á la mas estricta é invariable regularidad en su método de vida. Esclavo voluntario de la costumbre, era para él una especie de agradable manía la de sujetarse á la mas rigurosa exactitud y puntualidad de época, de día, de hora, y hasta de minuto, así en sus ocupaciones de soberano, como en sus distracciones y recreos, como en los mas naturales y necesarios actos de la vida humana. Constantemente se acostaba y levantaba á la misma hora, y á la misma hora invariablemente hacia su desayuno, su comida y su cena. El mismo tiempo dedicaba cada día y cada noche al sueño, al despacho de los negocios, á la recepcion de ministros, diplomáticos y personas de jerarquía, á la oracion, á la caza y á la tertulia de familia. De tal manera y con tan regular precision distribuía su residencia en Madrid y los cuatro reales sitios de Aranjuez, el Pardo, San Ildefonso y San Lorenzo, que en un mismo día de cada año se trasladaba á cada uno de ellos, en ninguno acortaba ni prolongaba su estancia mas que el año anterior, y su regreso á Madrid no había de ser ni mas tarde ni mas temprano un año que otro (2). Quien á tal extremo llevaba el sistema de la puntualidad en todo, no es extraño que tuviera el fácil mérito, que tanto sin embargo se aprecia y se agradece en los reyes, de ser puntual con todos y de no hacerse nunca esperar de nadie.

Conocida es tambien la afición de Carlos III al recreo y ejercicio de la caza, su pasatiempo diario y su distraccion predilecta. No diremos nosotros que le dominara esta pasion hasta el punto de desatender por ella y en tratándose de alguna cacería los negocios mas importantes del Estado, como escritores extranjeros afirman, guiados por relaciones tal vez exageradas de viajeros, y aun de algunos diplomáticos. Pero creemos tambien que no pasa de ser un laudable esfuerzo que hace el último historiador de este reinado cuando intenta persuadir que solo como medio higiénico y como ejercicio propio para conservar la salud dedicaba Carlos III algunas horas cada día á la caza. Sin duda que á veces no se divertiría en ella, como dice este escritor, lo cual suele acontecer con todo entretenimiento que se hace diario, y llega á carecer del atractivo de la novedad. Sin duda que no dejaría arruinarse el reino por correr tras los osos, venados ó jabalíes; sin duda habrá exageracion en las anécdotas que á propósito de esta pasion se refieren. Pero es para nosotros indudable que llegó este pasatiempo á constituir en aquel monarca una especie de vicio, y que invertía en él mas horas y con mas dispendios de lo que estaba bien á un príncipe que por otra parte tanto se afanaba por hacer á sus súbditos laboriosos y aplicados, y por desterrar la ociosidad de su reino.

Por lo demás, de pureza en sus costumbres era Carlos III modelo á sus vasallos, y en siglos enteros no se había sentado en el trono español un soberano de mas intachable conducta en aquello en que había sido mas comun la flaqueza. Ni exento de las que son propias de la humanidad, ni viejo todavía cuando enviudo, rehusó constantemente pasar á segundas nupcias, queriendo pagar este tributo de amor á la virtuosa esposa que había perdido; y en veintiocho años de viudez ni aun la malignidad cortesana, tan propensa á escudriñar é interpretar las acciones y los movimientos de los reyes, encontró

(1) Fernan Nuñez, Muriel, Gaetani, y otros que le conocieron dejaron escritos estos y otros pormenores, por ejemplo, que en los bolsillos de la casaca llevaba siempre algunos juguetes de su infancia, como tambien ciertos útiles de caza, que su ayuda de cámara cuidaba mucho de trasladar siempre que el rey se mudaba de traje.

«Su fisonomía, dice Fernan Nuñez, ofreció casi en un momento dos efectos y aun sorpresas opuestas. La magnitud de su nariz presentaba á la primera vista un rostro muy feo, pero pasada esta impresion, sucedía á la primera otra mayor, que era la de hallar en el mismo semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban amor y confianza.»

(2) En Aranjuez estaba despues de la Pascua de Resurreccion hasta fin de junio; venía á Madrid y estaba hasta el 17 ó 18 de julio; aquel día iba á cazar, comer y dormir al Escorial; al día siguiente se iba á la Granja, donde pasaba hasta el 7 de octubre. Volvía al Escorial, y estaba hasta diciembre; el resto hasta la época de volver á Aranjuez en Madrid.

nunca ni aun apariencias que pudieran darle pretexto á críticas que empañaran ni deslustraran en lo mas leve su reputacion de irreprochable en esta materia. Por lo mismo no extrañaremos sea verdad que alguna vez se vanagloriara entre personas de su confianza de haber acertado á conservar una virtud, ciertamente no comun en sus antecesores (3).

Enemigo de la ficcion y mucho mas de la falsedad; hombre de buena fe, y cumplidor de su palabra, profesaba la máxima de que si la buena fe desapareciera del mundo debería encontrarse en los palacios de los reyes; preciábase de no haber faltado nunca á la verdad, y tanto en lo que aseverara como en lo que ofreciera se podía descansar y fiar como *en palabra de rey*.—Consecuente en sus propósitos como en sus afecciones, á veces llevaba hasta el extremo de una dañosa inflexibilidad, así el apego á las personas en quienes depositaba su confianza y su cariño, como el apego á las resoluciones que una vez tomara. Mezcla de males y de bienes resultó de esta firmeza de carácter. Pero si bien hubiera convenido que fuese mas flexible para salir mejor de los compromisos en que le pusieron algunos errores políticos, por punto general su perseverancia y su inquebrantable entereza fueron las que mantuvieron en una respetable altura la dignidad de la nacion y la dignidad del trono. Y su repugnancia á los cambios de personas en el gobierno, si bien produjo cierta especie de despotismo ministerial, tambien la seguridad, y la estabilidad y la duracion en los ministerios de las personas á quienes lo confiaba, y en cuya eleccion mostró un tacto y tino especialísimo, fué la causa de que ellos tuvieran estímulo y tiempo para concebir, madurar y ejecutar tantas y tan importantes y útiles reformas como en este reinado se realizaron, y que no hubieran salido nunca de la esfera de proyectos con la inestabilidad y las continuas mudanzas que en tiempos posteriores hemos tenido ocasion y justicia para lamentar.

Piadoso y devoto este monarca, tan consecuente como era en todo, lo era tambien en los ejercicios y prácticas religiosas, en las oraciones, en los días de recibir los sacramentos, en la hora de asistir á la misa, en los actos y funciones públicas ó privadas que consagraba á los santos, á los misterios, á las reliquias ó objetos sagrados á que había cobrado especial devocion. Nimio, y hasta un tanto supersticioso parecia á veces en esta materia, como en lo de llevar siempre consigo un librito de oraciones escrito por el hermano Sebastian de Jesus, lego franciscano, á quien por sus virtudes había estimado muy particularmente en Sevilla, que murió el mismo año en que Carlos se coronó rey de Nápoles, á quien desde entonces tomó por su intercesor y medianero en sus oraciones privadas, y por cuya beatificacion trabajó con grande empeño. Y sin embargo, con este género de devocion y de piedad conciliaba él aquella despreocupacion y aquella entereza con que en las altas cuestiones y en las grandes contiendas sobre potestad espiritual y temporal, y sobre jurisdiccion eclesiástica y civil, y sobre autoridad para reformar y extinguir corporaciones religiosas, otorgar ó negar la admision á los rescriptos pontificios, y otros graves asuntos de esta índole, sostenia los derechos y prerogativas de la corona, á riesgo de que la pasion ó la malicia tildaran de poco religioso al que tanto y tan sinceramente lo era en su vida y costumbres.

De su acendrado amor á la justicia certifican y deponen unánimemente cuantos han dejado escrito algo de este monarca. Muchos son los que expresamente le han atribuido esta virtud; no sabemos de ninguno que se la haya negado. Y no solo era amante de esa justicia que se aplica en los tribunales, sino de esa otra, acaso mas difícil de aplicar, que consiste en la distribucion equitativa de los premios y remuneraciones, de las mercedes y empleos, de los medros ó recompensas, que

(3) Cuenta Fernan Nuñez que en uno de estos momentos de expansion le decia el rey al prior del Escorial: «Gracias á Dios, padre mio, no he conocido nunca mas mujer que la que Dios me dió: á esta la amé y estimé como dada por Dios, y despues que ella murió, me parece que no he faltado á la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento.» Compendio de la vida de Carlos III, cap. último.—Bourgoing. Cuadro de la España moderna.—En casi todos los elogios y discursos que hemos citado antes se hace mérito de esta virtud de Carlos III.

deben otorgarse y graduarse con arreglo á los merecimientos y servicios de cada ciudadano, sin acepcion de personas. Nunca á sabiendas faltaba Carlos III en este punto á los principios de la justicia distributiva y á las reglas establecidas de la administracion. A tal extremo llevaba su severidad en esta materia, que nunca se empeñó con los ministros ni aun en favor de las personas mas predilectas de su servidumbre, por temor de perjudicar con su recomendacion á otros mas meritorios, en menoscabo de la justicia y detrimento del servicio público. Refiérese á este propósito, entre otros muchos casos, el siguiente. Propúsole un día el ministro para un empleo á una de las personas que el rey estimaba mas. Preguntó Carlos al ministro si creia que realmente aquel sujeto estaba dotado de la aptitud y de las cualidades que el empleo requería, y como contestase afirmativamente, añadió el rey: «Mucho os agradezco que hayais pensado en este ascenso, pues aunque yo lo deseaba, por mi parte jamás me hubiera atrevido á solicitarlo (1).»

(1) El conde de Fernan Nuñez, que fué gentil-hombre de cámara de Carlos III, y despues embajador en varias cortes, dedica todo el capítulo último del Compendio que escribió de la vida de aquel monarca á la descripción de las cualidades y vida interior del rey Carlos. Así es que cuenta, como quien lo veia diariamente, varias anécdotas y multitud de curiosos pormenores é individualidades, así del carácter como del sistema de vida de este monarca, que no carecen de cierto interés, por su singularidad. Despues de describir su afabilidad hasta con las gentes mas humildes, su genio jovial y hasta chancero, su propension á remedar á otros, que hacia con gracia, su manera de vestir de diario, de gala y de campo, su modo de hablar con los gentiles-hombres, mayordomos y hasta los criados inferiores, las diversiones á que tenia mas afición, etc., dice hablando de su inalterable y rutinario método de vida:

Su distribucion diaria era esta todo el año. A las seis entraba á despertarle su ayuda de cámara favorito don Alverico Pini, hombre honrado, que dormia en la pieza inmediata á la suya. Se vestía, rezaba un cuarto de hora, y estaba solo ocupado en su cuarto interior hasta las siete menos diez minutos, que entraba el sumiller duque de Losada. A las siete en punto, que era la hora que daba para vestirse, salía á la cámara, donde le esperaban los dos gentiles-hombres de guardia y media guardia y los ayudas de cámara. Se lavaba y tomaba chocolate, y cuando habia acabado la espuma, entraba en puntillas con la chocolatera su repostero antiguo llamado Silvestre, que habia traído de Nápoles, y como si viniera á hacer algun contrabando le llenaba de nuevo la jicara, y siempre hablaba S. M. algo con este criado antiguo. Al tiempo de vestirse y del chocolate, asistían los médicos, cirujano y boticario, segun costumbre, con los cuales tenia conversacion. Oía la misa, pasaba á ver á sus hijos, y á las ocho estaba ya de vuelta, y se encerraba á trabajar solo hasta las once el día que no habia despacho. A esta hora venían á su cuarto sus hijos, pasaba con ellos un rato, y luego otro con su confesor y el presidente conde de Aranda, mientras lo fué, y á veces con algun ministro.—Salía despues á la cámara, donde estaban esperando los embajadores de Francia y Nápoles, y despues de hablarles un rato hacia una seña al general de cámara, que mandaba al ujier llamase á los cardenales y embajadores, que se unían á los de familia, y quedaba con todos un rato. Pasaba á comer en público, hablando á unos y á otros durante la mesa. Concluida esta, se hacían las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los del país, que tenían motivo de hacerlo por gracia, llegada ó despedida. Volvía á entrar en la cámara, donde estaban los embajadores y cardenales que antes, y además de estos los ministros residentes y demás miembros del cuerpo diplomático, con quienes pasaba á veces media hora en cerco. He oido decir á todos y lo he confirmado yo mismo en mis viajes, que ningun soberano de Europa tenia mejor el cerco, con mas amenidad, majestad y agrado, lo cual es tanto mas difícil, que siendo diario parece no tenía que decirles.—Despues de comer dormía la siesta, en verano, pero no en invierno, y salía luego á caza hasta la noche, primero con su hermano el infante don Luis, y despues con el príncipe de Asturias su hijo. Al volver del campo le esperaba la princesa y toda la familia real. Se contaba y repartía la caza, hablaba de lo que cada infante habia hecho por su lado, y despedidos los hijos, daba el santo y la orden para el otro día, y pasaba al cuarto de sus nietos. Despues venia el despacho, y si entre este y la cena, que era á las nueve y media, quedaba algun rato, jugaba al pedesino para ocuparle... Cenaba siempre una misma cosa, su sopa, un pedazo de asado, que regularmente era de ternera, un huevo fresco, ensalada con agua, azúcar y vinagre, y una copa de vino de Canarias, dulce, en que mojaba dos pedacitos de miga de pan tostado, y bebía el resto. Le ponían siempre un gran plato de rosquillas cubiertas de azúcar, y un plato de frutas verdes de las que habia, pero á la mitad de la cena venían los perros de caza como tantas furias... etc.»

Despues de detenerse en pormenores de esta especie, continúa el biógrafo: «Despues de la cena rezaba otro cuarto de hora ó veinte minutos antes de recogerse, y luego salía á la cámara, se desnudaba, daba la hora

Si bien se reconoce igualmente el amor de este monarca á sus pueblos, y su celo por todo lo que creia conveniente al bien y á la prosperidad pública, que es sin disputa la primera y mas relevante cualidad del jefe de un Estado; si no hay tampoco quien desconozca su tacto y buen sentido para la eleccion de ministros y consejeros, así como su constancia y firmeza en mantener á su lado aquellos en quienes una vez habia depositado su confianza, condicion tambien de las mas excelentes, y en verdad, no comun en los príncipes; si todos suenan acordes en punto á elogiar su afabilidad y su jovial y bondadoso carácter, no lo están tanto en lo que respecta á graduar la capacidad, el talento y la ilustracion de aquel soberano. Sin embargo, estudiando su conducta y su manejo de rey, aun mas que sus acciones de hombre, es imposible explicar bien aquella sin reconocerle por lo menos una buena dosis de inteligencia clara, de recto sentido, de buena penetracion, y aun la bastante instruccion para poder valerar las razones de aquellos á quienes pedia consejo. Así le juzgan tambien los que mejor pudieron conocerle. «Sus cualidades intelectuales y morales eran excelentes,» dice un escritor extranjero, pero que le trató y conoció muy de cerca. «Aun cuando Carlos III, dice otro historiador de otra nacion, no haya dejado memoria de un talento muy superior, se le concede generalmente sana razon y mucha bondad.... No carecia ni de tacto ni de experiencia para el despacho de los negocios....» Su mente clara ensalzan todos los historiadores españoles del pasado y del presente siglo (2).

Nosotros nos afirmamos en el juicio que anticipamos en nuestro Discurso Preliminar. «Si el talento de Carlos, dijimos entonces, no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos la administracion y el gobierno de la monarquía.»

Dadas estas noticias del carácter y prendas personales de Carlos III, pasaremos á bosquejar el estado social de la nacion española en su célebre reinado.

CAPITULO XXI

España en el reinado de Carlos III

I

Que la nacion española recobró gran parte de la consideracion é importancia que habia tenido en el mundo, que progresó admirablemente en civilizacion y en cultura, que mejoró de un modo prodigioso su régimen administrativo en el reinado de Carlos III de Borbon, cosa es universalmente reconocida y por nadie negada. Por merecedor del título de Grande, es generalmente reputado este príncipe, y de glorioso para España califican su reinado aun los que no son españoles, y nosotros no hemos ocultado desde la introduccion á esta historia que formábamos coro con sus encomiadores. Y sin embargo no nos proponemos ser sus panegiristas: sus virtudes y sus defectos, los aciertos y los errores de su gobierno y de su política, las prosperidades ó los infortunios que produjeron, los hechos brillantes, como los que carecieran de gloria en su reinado, todos serán juzgados con la severa imparcialidad que creemos llevar de muy atrás acreditada, y que no abandonaremos, antes haremos especial estudio en mantenerla y guardarla en las épocas en que es mas necesaria y mas difícil, en las que se van aproximando ya á la nuestra.

al gentil-hombre para las siete del día siguiente, se retiraba con el sumiller y se metía en la cama. Esta era conocidamente la vida de este santo monarca... etc.»—Nos creemos dispensados de copiar otros muchos pormenores en que se extiende este ilustre y agradecido servidor.

(2) Beccatini, Fernan Nuñez, William Coxe, Muriel, Azara, Cabarrús, Jovellanos, Gaetani, Ferrer del Rio, y cuantos de él en su tiempo y en los posteriores han escrito.

Carlos III no encontró la España en la abyeccion deplorabile en que la halló Isabel I de Castilla, ni en el lastimoso abatimiento en que yacia cuando vino á ocupar el trono su padre Felipe V. Prendas y dotes tenia Carlos III para haber sacado la nacion de aquella situacion miserable, si tal hubiera sido; pero tuvo la fortuna de encontrarla ya en la via de la regeneracion y del engrandecimiento, en que su padre y su hermano la habian colocado segun al final del libro VII tuvimos cuidado de advertir. Cuando Carlos heredó el trono español, no era tampoco un jóven inexperto como Isabel la Católica ó como el nieto de Luis XIV, sino un príncipe de edad madura, hecho á llevar corona y acostumbrado á manejar el cetro por espacio de muchos años en Parma y en las Dos Sicilias. No habia quien le disputara la herencia, ni tenia que temer guerra de sucesion, como despues de la muerte de Enrique IV de Castilla y de Carlos II de Austria. Circunstancias eran todas estas que colocaban á Carlos III en favorable aptitud y ventajosa posicion para consagrarse desde el principio á labrar la prosperidad de sus reinos. No es esto rebajar el merecimiento de sus actos, es definir una situacion, para eslabonarla con la que le sucedió, y poder valorar convenientemente la una por la otra.

En este como en todos los períodos históricos la condicion de un pueblo depende del sistema político de los que rigen el Estado, así en lo exterior como en lo interior, cuyas dos políticas á veces marchan en acorde consonancia, á las veces puede ser tan acertada y provechosa la una como errada y funesta la otra, á las veces tambien prevalece en ambas un laudable acierto sin estar exentas de errores. El reinado de Carlos III es uno de aquellos en que cabe bien considerar separadamente las dos políticas, no obstante la natural cohesion que tienen siempre entre sí. Primeramente nos haremos cargo de la situacion en que colocó á España relativamente á las demás potencias su sistema de política exterior, con lo cual podremos despues juzgar mas desembarazadamente del estado interior de la monarquía, parte principal y la mas gloriosa de este reinado.

Trece años llevaba España reposando digna, majestuosa y tranquilamente de sus pasadas luchas seculares, respetada y considerada fuera, reponiéndose y prosperando dentro, manteniendo noblemente su independencia, sin mezclarse en contiendas extrañas, merced al juicio y discreto sistema de neutralidad, tan hábil y constantemente seguido por Fernando VI, cuando vino el tercer Carlos de Borbon á regir la nacion española, tal como se la trasmitieron su padre y su hermano. Al año y medio de su venida la nacion que descansaba como una matrona de todos acariciada y hasta envidiada, vuelve á armarse de casco y escudo como la diosa de la guerra, y trueca las dulzuras de la tranquilidad por la amarga agitacion de las luchas armadas, y los hombres, y las naves, y la sangre y las riquezas de España son sacrificadas otra vez en el antiguo y en el nuevo mundo á un sentimiento de corazon, á un afecto de familia, á un arranque de inveterado enojo, y á un error de cálculo. Las primeras consecuencias de esta belicosa resolucion no debieron ciertamente ni lisonjear á Carlos III ni envanecer al ministro que negoció el Pacto de Familia, origen y causa de la guerra. ¿Qué significaban, ni cómo podían halagar el orgullo de una nacion grande, la invasion de Portugal, los fáciles triunfos de las armas españolas en el pequeño reino lusitano, la toma de Almeida, el espanto de Lisboa, y aun la conquista de la colonia portuguesa del Sacramento, si entre tanto los ingleses nos arrebatában la dos joyas de nuestras posesiones de allende los mares, los dos inapreciables emporios de las Antillas y de las Filipinas? Y si á los dos años, por la paz de París, nos fueron restituidas la Habana y Manila, como nosotros tuvimos que restituir la colonia del Sacramento, ya no pudo remediarse la pérdida de muchos hombres, de no pocos navíos y riquísimas fragatas, el gasto de doce millones de duros, la cesion de la Florida, los daños de nuestro comercio, la importancia marítima que cobró Inglaterra, y los compromisos ulteriores en que, no obstante la paz de París, nos dejaba envueltos aquel pacto.

Si impolítico é inconveniente fué apartarse del sistema de neutralidad de Fernando VI, cuando ningun peligro habia en

mantenerle, y sí muchos en abandonarle, lo fué mucho mas por la manera como se hizo el desdichado convenio, que en el hecho de llamarse *de familia* llevaba inoculado en sí un vicio de origen, que como todos los de esta especie encerraba el germen de peligrosas derivaciones. Lo fué por haber ligado impremeditadamente la suerte de la nacion española á la de otra potencia en lo exterior amenazada y en lo interior decaída; cuando España era mas fuerte, y no necesitaba de Francia, ni tenia por qué temer á Inglaterra, y cuando Francia tenia á Inglaterra, y necesitaba de España. Así no es de extrañar que el ministro Choiseul dijera envanecido, que este tratado era el mas honroso de su ministerio; ni es tampoco extraño que el rey de España premiara con el toison de oro al negociador francés, puesto que creia haber logrado una transaccion ventajosa.

¿Qué fué lo que alucinó á Carlos III para empeñarse en tan lastimoso compromiso? Para nosotros (en otra parte lo hemos indicado ya), ni todo fué sentimiento de corazon y afecto de familia, ni todo afán de vengar una humillacion recibida de Inglaterra: hubo, sí, de uno y de otro; pero tambien le impulsó el noble y patriótico designio de quebrantar la pujanza y abatir la soberbia de la nacion que habia arrancado á España y se negaba á restituirla las dos mas fuertes é importantes plazas marítimas, Gibraltar y Mahon. No se habian apagado todavia en Carlos los fuegos de la juventud, y el que habia ganado las coronas de Nápoles y de Sicilia con los triunfos militares de Bitonto y de Velletri, se dejó llevar mas de los halagüeños recuerdos de aquellas victorias que del ejemplo de la apacible respetabilidad de su hermano, y no haciendo la conveniente diferencia de épocas y situaciones, el ardor bélico, que fué plausible y heróico cuando era duque de Parma y legítimo aspirante al trono de las Dos Sicilias, fué imprudente y funesto cuando era soberano pacífico de las Españas.

Germen de largas y peligrosas derivaciones hemos apellidado aquel convenio. Y éralo tanto mas, cuanto que uno de los contratantes era un cumplidor esclavo de sus palabras y de sus compromisos, cualidad que distinguía á Carlos III, mientras que de otro lado estaba lejos de poder contarse con la misma escrupulosidad, que no era esta la virtud que caracterizaba á Luis XV y á su ministro, cuando se atravesaba el interés particular de la Francia. Pronto se vió resaltar esta diferencia en la cuestion de las Islas Maluinas. Si el monarca y el gobierno francés, que tan firmes y tan vigorosos se mostraron en no soltar la isla de Córcega de que acababan de apoderarse, hubieran estado igualmente enérgicos en ayudar á los españoles á conservar las de Falkland de que habian arrojado á los ingleses, ni estos las habrían recobrado, ni el embajador español en Londres hubiera tenido que hacer ante el gabinete británico la vergonzosa desaprobacion de la conducta del general que conquistó las Maluinas de orden y á nombre de Carlos III. La conciencia de Carlos debió sublevarse, como se sublevó la altivez española, cuando Luis XV le dijo: *Mi ministro quiere la guerra, yo no la quiero*. Pues qué, ¿bastaba no quererla cuando le obligaba el Pacto de Familia, siempre que fuese requerido, «sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecucion del empeño?» De bueno se pasó en esta ocasion Carlos de España: con razon censuró el pueblo su excesiva condescendencia y debilidad, y lo peor fué que su pasion de familia fué mas fuerte que la leccion de este escarmiento, y que olvidado de ella, y no considerándose, como debió, desligado de los compromisos del Pacto, envióse mas adelante en ellos, arrojando todas sus consecuencias.

Sensible nos es no poder absolver á Carlos III de las que debió calcular que podría producir á España la parte activa que tomó en la emancipacion de las colonias inglesas de la América del Norte; y sentimos igualmente no poder dejar de reconocer en la nueva guerra con la Gran Bretaña otra funesta derivacion del Pacto de Familia, por mas que un moderno historiador de este reinado, llevado del buen deseo de sincerar á Carlos de este cargo, haga esfuerzos de ingenio para persuadir de que si otra vez fueron á pelear juntos españoles y franceses, no era ya en virtud de aquel pacto, que se podía tener por caducado, aun cuando no se hubiese roto.